LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII —— BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1889 —— NÚM 415

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Cuentos del Pelek*, por don A. Fernández Merino. – *La militara*, por don J. Valero de Tornos. – *Pulcinella*, por don Federico Rahola. – *Resignación*, por don J. Alfonso Roca de Togores. – *Noticias varias.*

GRABADOS – *A falta de almas...* figura de bronce de Augusto Sommer. – *¡Sin comer!* cuadro de Otón Piltz. – *Regreso de la fiesta*, cuadro de Cannicci. – 1789. *Aldeanos sublevados*, cuadro de Pablo Swendomsky. – *Monumento en honor del emperador Guillermo I que se ha de erigir en Berlín.* – *Busto de M. Buterfield*, esculpido en mármol por don Agustín Querol. – *Suplemento artístico: Después de la pantomima: «Exeunt omnes»* cuadro de Luciano Davis.

NUESTROS GRABADOS

A FALTA DE ALMAS...

figura de bronce de Augusto Sommer

Exposición artística de la Academia de Berlín

Nacido en Coburgo en 1839, Augusto Sommer hizo sus primeros estudios artísticos en Stuttgart y en Munich y después de haber trabajado en Viena y en Budapesth por espacio de doce años establecióse en Roma, en donde ha llegado á ser el gran maestro hoy por todos admirado. Sin perder un ápice de su individualidad propia supo identificarse con la belleza antigua y con el mundo de ideas que la antigüedad nos ha legado en sus incomparables obras y al propio tiempo con el naturalismo de la plástica italiana moderna y con la vigorosa frescura de la vida popular de Italia. Sus obras respiran poesía y gracia al par que verdad y vida y algunas de ellas pueden ser calificadas de humorísticas.

Entre estas últimas merece un puesto preferente la que reproducimos: el diablo con alas de murciélago y la cola recogida bajo el brazo inclina el cuerpo para coger las moscas posadas en su pierna que irán á engrosar el número de las que guarda prisioneras en su cerrada mano. La estatua en conjunto y en sus menores detalles es admirable sobre todo por la manera magistral con que están estudiadas y ejecutadas la complicación de movimientos, la posición forzada de toda la figura y en especial de la pierna y la diabólica expresión del rostro de ese espíritu del mal que á falta de almas se dedica á cazar insectos.

¡SIN COMER! cuadro de Otón Piltz

El pintor sajón autor de este estudio de la vida escolar es uno de los muchos pintores alemanes que se dedican á pintar escenas infantiles y que consiguen producir en este género obras más completas que los artistas de otros países quizás por la razón – frívola, si se quiere, pero razón al fin – de que siendo Alemania la nación que fabrica juguetes para media Europa, por lo menos, es también la que más se presta á la reproducción de las escenas de la vida infantil. Sea por esta ó por otra causa es lo cierto que en los museos alemanes es en donde más abundan los cuadros que tienen por asuntos los juegos, las distracciones, las *pasiones* mismas, las ocupaciones escolares de los niños.

En el cuadro que hoy publicamos el autor ha inundado la escena de aquella luz que hace intolerable la prisión y ha marcado de una manera original el contraste entre la cárcel y la libertad, que no otro es el que ofrecen el chiquillo castigado y los bancos vacíos.

En cuanto al infeliz prisionero, su actitud rebosa naturalidad y revela una mezcla de rabia y de fastidio, y quizás también de hambre, capaz de conmover al *domine* más empedernido: lo que no expresa es arrepentimiento. ¿Habrá querido Otón Piltz con la ausencia de este efecto, que debería ser el efecto principal de todo castigo, demostrar lo absurdo é inútil de ciertas correcciones disciplinarias cuando se aplican á la irreflexiva infancia?

REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de Cannicci

El pintor toscano Cannicci busca los asuntos de sus cuadros en el sentimiento de las gentes de estado y corazón humildes, pero no siente el lado alegre y brillante de esa poética existencia sino que la estudia en su aspecto serio y de aquí que en sus pinturas la alegría vaya siempre acompañada de cierta gravedad y reserva y que todas sus figuras lleven impreso el sello de la unidad moral conservada por el sentimiento religioso que hoy diferencia al pueblo de la ciudad de la población rural de muchas regiones sustraídas á la influencia de las ideas modernas. El sentimiento de esta unidad moral con las expresiones que lo reflejan es el sentimiento dominante en el *Regreso de la fiesta* como en todos los demás cuadros de Nicolás Cannicci.

1789.—ALDEANOS SUBLEVADOS

cuadro de Pablo Swendomsky

Era á mediados de 1789: la Revolución francesa acababa de sellar con la toma y demolición de la Bastilla sus primeras victorias sobre la monarquía débilmente representada por el infortunado Luis XVI; las poblaciones rurales, ansiosas de romper las pesadas cadenas que las oprimían como habían roto ya las suyas las de las grandes ciudades, negáronse á pagar los derechos feudales, persiguieron á los señores que más se habían distinguido por su despotismo y por sus crueldades, incendiaron castillos, quemaron títulos de propiedad y en algunas comarcas se entregaron á venganzas atroces.



Á FALTA DE ALMAS..... Figura de bronce de Augusto Sommer

(Exposición Artística de la Academia de Berlín)

Tal es á grandes rasgos la explicación del cuadro de Swendomsky que ha sido objeto de general admiración en la sección rusa de la última Exposición Universal de París. Que el pintor ruso gusta de las situaciones dramáticas bien lo demuestra la composición conmovedora del lienzo que reproducimos: á un lado una infeliz joven, aristócrata sin duda, maltratada y arrojada en medio del camino por los mismos que poco tiempo antes se inclinaban humildemente á su paso, en el centro y extendiéndose hasta perderse en el horizonte un abigarrado grupo de campesinos vestidos con las prendas más heterogéneas y armados de los más extraños instrumentos ostentando negras banderas en señal de sus instintos exterminadores, en el fondo un castillo presa de las llamas, en el aire algunos cuervos cerniéndose sobre tanta desolacion y en el cielo densas nubes que envuelven en sombrías tintas la luctuosa escena, he aquí los elementos que con arte portentoso ha sabido combinar el autor de ese cuadro ante el cual siéntese sobrecogido el ánimo más sereno.

Pablo Swendomsky ha estudiado en Roma: su estilo grandioso y original y su poderosa imaginación hacen de él un artista de excepcional mérito cuyo nombre puede figurar dignamente al lado de sus compatriotas, los insignes maestros Makowski y Siemiradski.

Monumento en honor del emperador Guillermo I que se ha de erigir en Berlín

Entre los muchos proyectos que se han presentado al concurso para la erección en Berlín de un monumento nacional en honor de Guillermo I ha merecido el primer premio el de Rettig y Pfann de cuya grandiosidad y belleza pueden formarse idea nuestros lectores por los grabados que reproducimos y que representan la vista general del monumento y el interior del dombo central. El proyecto premiado tiene todo el carácter majestuoso y severo de un templo nacional, carácter que se aviene perfectamente con la idea que en la obra ha de reflejarse, á saber el testimonio de gratitud y de admiración del pueblo alemán hacia el héroe vencedor en cien combates, el inolvidable restaurador del Imperio germánico. El sitio escogido para el monumento es la inmensa Plaza del Rey, en Berlín, en donde se alza también el palacio de la Dieta.

Guillermo Rettig nació en Heidelberg en 1845 y estudió arquitectura en Carlsruhe: apenas obtuvo el título de arquitecto fué ayudante del famoso Adolfo Schroder; más tarde se trasladó á Berlín en donde trabajó muchos años en el taller de Ende y Bockmann, arquitectos de la Real Casa. Tomó parte en el concurso abierto para la construcción de las Casas Consistoriales de Hamburgo y aunque no obtuvo premio su proyecto llamó la atención por su originalidad y por la riqueza de ideas que demostraba en su autor. Intervino en la construcción del palacio de la Dieta de Berlín y la práctica que durante dos años hizo al lado del consejero constructor imperial Wallot y su asociación con su amigo Pfann le han permitido realizar de una manera tan perfecta el proyecto de monumento de que nos ocupamos.

Pablo Pfann, autor de la parte ornamental y de las figuras del proyecto, nació en 1860 en Heidelberg, hizo sus estudios en la Escuela superior técnica de Munich y se perfeccionó en el taller del arquitecto de esa ciudad, Federico Thiersch. En 1886 se trasladó á Leipzig y un año después pasó á Berlín entrando en el taller de Wallot, bajo cuya dirección trabajó en la confección de los planos del palacio de la Dieta. Ha obtenido varios premios en algunos concursos de Berlín y de Leipzig y su talento brilla especialmente en la parte pictórica.

BUSTO DE M. BUTERFIELD, esculpido en mármol por D. Agustín Querol

Si el modelado de un busto-retrato se redujera á trasladar al mármol, al barro etc., las líneas fisonómicas de la persona retratada de manera que sólo se viera en ellas el parecido material, por acabada que la obra fuese únicamente llenaría una parte de los fines de la escultura. Otra cosa sucede cuando el busto tiene vida, cuando el cincel del artista le anima haciendo brotar como por encanto miradas en los ojos, movimiento en los labios, elasticidad y morbidez en las carnes, expresión en el rostro todo, cuando, en fin, á la fiel reproducción de los caracteres físicos viene á juntarse el reflejo exacto de los rasgos morales.

Todas estas cualidades brillan en el busto de M. Buterfield de nuestro paisano don Agustín Querol cuyo privilegiado talento han podido apreciar tantas veces los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Después de la pantomima: «Exeunt omnes,» cuadro de Luciano Davis

El animado cuadro de Luciano Davis representa una multitud de acomodadas familias londonenses que, terminada la función, esperan sus carruajes en el pórtico del teatro: el número considerable de niños que se ven en el cuadro y la alegría que sus semblantes revelan son indicios claros de que la pieza representada ha sido graciosa y de aparato, dos cualidades que se avienen perfectamente con las aficiones infantiles. En efecto, ante los asombrados ojos de la gente menuda han desfilado palacios encantados, bosques poblados de hadas, cavernas habitadas por gnomos, jardines espléndidos en donde se han desarrollado las aventuras del gallardo príncipe y de la hermosa princesa; pero de fijo que lo que más les ha gustado á esas inocentes criaturas ha sido la extravagante pantomima final en la que han lucido sus habilidades la gentil Colombina, el ágil Arlequín, el cómico Pantalón y el malicioso Pierrot, y si en sueños recordarán con deleite los prodigios de la magia y de la tramoya, al despertar se reirán todavía de las bufonadas de los cómicos personajes que de seguro entrarán como parte principal en sus juegos.

La obra de Davis es un verdadero *tour de force* por el número y la clase de elementos que constituyen aquella compacta masa en la que son de admirar la hábil agrupación de tantas figuras, las expresiones distintas de tantas caras y la elegante combinación de tantos trajes sin que de todo ello resulte la menor confusión ni la más leve inarmonía.

CUENTOS DEL PELEK (1)

INTRODUCCIÓN

Desde la cúspide del viejo Butchdech que tantas cosas ha visto ya y que de nada puede extrañarse, se lanza y rueda un torrente tan salvaje, tan arrebatado, que en su exuberancia parece quiere atravesar el mundo como un torbellino: soberbio compañero es el Pelek con su cabellera suelta y sus ojos de azul oscuro, y si tan alegre y tan fuerte se muestra es que ha nacido del seno de una poderosa montaña. Se asegura que parte de un inmenso lago subterráneo habitado por ondinas, y cuando se permanece algún tiempo sentado cerca del Pelek, pero tanto tiempo que se llegue á olvidar el mundo, se puede oir muy claramente cómo cantan las ninfas.

Algunas veces una ondina desciende tambien por el Pelek, sobre una ancha hoja que salta las cascadas y se va á contemplar el mundo con sus ojos alegres, pero sólo puede verla el que haya nacido al son de las campanas y no haya tenido ningún mal pensamiento. Las ondinas acarician con sus rosados dedos la ondulante cabellera del torrente y en voz baja hablan con él de la comarca; después él les presenta espejillos para que contemplen sus graciosos rostros. Forma un dulcísimo murmullo como el del viento que juguetea entre las hojas y el Pelek nunca se muestra cansado; tan grande es su fuerza, tan delicioso es su viaje.

Sus olas espumosas las da por masas eternamente nuevas: ¿cuántas da? Jamás lo pregunta, pues bien sabe que allá en las profundidades está el inmenso lago que no se agotará jamás en tanto que el Butchdech no se convierta en polvo y el mar no cubra los Cárpatos.

El Pelek no sabe contar y jamás dice «no quiero agotarme; llegará un día que sea pobre.» ¡Oh! no; ardiente y generosamente hace saltar sus ondas al través del mundo que Dios crió, á fin de que los hombres, los animales y las plantas puedan refrescarse.

Algunas veces sin embargo se irrita cuando la primavera tarda en llegar ó el otoño se va demasiado pronto; entonces tórnase amarillo y se hincha en su cólera hasta el punto que rompe y destroza cuanto puede alcanzar. Pero la tempestad se ríe de él, ó bien lo azota para castigarlo ó arroja en su camino grandes árboles á lo largo de los cuales tiene que arrastrarse con fatiga él, el niño impaciente de malévolos caprichos. Pero ¿cómo no se irrita también cuando el invierno viene demasiado pronto?

El no puede soportar que los árboles le arrojen sus hojas y que se vea obligado á arrastrar muertas las cosas con que ha jugado todo el estío, y la camisa de hielo que le oprime y quiere reducirlo al silencio le agrada mucho menos.

Sobre todo tiene un gravísimo defecto; parece que le es necesario murmurar siempre y siempre con las flores, los pájaros, los vientos, con el musgo de sus guijarros y consigo mismo cuando nadie lo escucha. Pero ¿quién ha de querer hablar siempre consigo mismo? El de mayor inteligencia no tardaría en encontrarse personalmente más enojoso que lo encontrara jamás su mayor amigo que sin embargo ha debido dar prueba de mucha paciencia con él.

Y el Pelek gusta de que se maravillen con sus historias; no encuentra censurable revelar lo que le han contado, cosa que muchas veces le han vituperado las montañas llamándole «mujerzuela!» Al escuchar esta acusación ha sacudido su encrespada cabeza y arrojado á la selva una maliciosa mirada como para decirle: «¿Verdad que me escuchas gustosa?»

Durante muchas horas me he sentado junto á él y lo he escuchado: algunas veces me parecía ver las puntas de los dedos de alguna ondina ó sus rosados pies ó un bucle de sus sedosos cabellos y frecuentemente he oído un canto y un murmullo maravilloso. Os quiero contar todo esto.

Lo que dice el Pelek no es un secreto ni mucho menos, por cuanto muchas personas lo saben y por cuanto los musgos, las miosotis y los álamos lo saben también y por cuanto aquellos que lo ignoran lo llegan á saber por el viento que agita las hojas hasta que lo han contado todo para que los pájaros puedan repetirlo á su vez por encima de nuevos países y nuevos mares, hasta allá, donde cesan las tempestades, hasta más allá donde no existe aire.

Pero como yo no tengo alas, no puedo llevar hasta muy lejos estas historietas y os las quiero contar para que también hagáis una visita al Pelek.

Tal vez á vosotros os contará más que á mí y al que aun no haya tenido un mal pensamiento las ondinas se mostrarán seguramente.

Entre tanto vais á escuchar lo que ha sido como nunca fué y que si no hubiera sido el Pelek no lo contaría nunca.

CETATEA BABEI

Cuando se sube el valle de Prahova, no se distingue Cetatea Babei, el Castillo de la Hechicera, porque se encuentra detrás del Butchdech. Este se levanta como un aguzado cono y parece cubierto de ruinas; desde allí hasta los Tipis se extienden nieves eternas.

Hace ya muchos años, cuando los lobos guardaban los rebaños y las águilas anidaban con las tórtolas, se elevaba en aquel sitio un soberbio castillo en el que reinaba la mayor actividad: siempre mucha gente, siempre mucho ruido y centenares de pies que entraban y salían á cada instante.

Todas las noches se veía brillar una luz en la torre y se oía el zumbido de una potente rueca: casi marcando el compás de este ruido se escuchaba un canto dulce y extraño. Los que pasaban miraban hacia arriba con espanto y murmuraban: «Ella hila siempre.»

La que hilaba allá en lo alto era la castellana, una malvada hechicera á la que los gnomos llevaban todo el oro de las entrañas de la tierra: con él hilaba el velo de oro con que todas las desposadas se adornaban la cabeza el día de boda. En su casa el oro entraba en grandes cantidades; ella lo pesaba, lo clasificaba y desgraciado el gnomo que no llevaba la cantidad señalada: lo colocaba entre la corteza y el tronco de un árbol estrujando hasta sacarle la última partícula ó lo colgaba por la barba de la misma manera, y ya podía agitarse y gritar; la vieja se hacía la sorda. Por esta razon, ó más bien aun, porque era dura como una corteza de pan y áspera como añosa encina, le habían dado el nombre de Baba Coaja, «la Madre Corteza.» Sólo ella sabía preparar los velos de oro y los preparaba con anticipación para muchos centenares de años.

Baba Coaja tenía una hija admirablemente hermosa, que se llamaba Alba «la blanca;» en efecto era blanca como la nieve que casi constantemente cubría la cima de la montaña. Tenía el cutis como el raso, los ojos aterciopelados y sus cabellos parecían hilos de oro de los que hilaba su madre.

Siempre estaba encerrada; Baba Coaja la hacía trabajar mucho y no la dejaba ver de nadie temiendo que la pidieran en matrimonio. Ella era la que separaba los velos de oro y los colocaba apilados en la cueva donde los había para muchos siglos.

Penoso era este trabajo para la hermosa joven porque su madre al mismo tiempo que hilaba cantaba y murmuraba toda clase de maldiciones á fin de que cada casada recibiera la parte de desgracia tan luego como adornaran sus cabezas con los velos de oro: Alba pensaba tristemente en todas aquellas desventuras preparadas y fijadas de antemano. Un día que su madre estaba ausente se puso á la rueca é hiló una pieza entera deseando únicamente bienes y felicidades; pero cuando volvió Baba Coaja se encolerizó grandemente arrebatándose hasta el punto que golpeó despiadadamente á su hija y le dijo:

– No te casarás hasta que hayas encontrado tu tela en medio de las demás. – Diciendo esto arrojó su tejido en el confuso montón en que estaban los otros.

En el fondo la vieja quedó sumamente contenta por haber hallado un pretexto para conservar á su hija junto á sí, pues le habían predicho que Alba sería desgraciada y moriría pronto. Su hermosa hija era la única criatura á quien amaba en el mundo, pero por más esfuerzos que hacía para infundir alegría en Alba, comprándole ricos vestidos y gran cantidad de joyas, no conseguía que sus mejillas se colorearan ni que se animaran sus ojos, pues la única cosa que la joven deseaba era la libertad, lo único que no tenía.

¡Cuánto deseaba pasear bajo los árboles que daban sombra á la falda de la montaña en cuya cúspide ella vegetaba! Allí en lo alto crecía sólo una raquítica hierba y el invierno duraba más que el verano. Cuando alrededor del castillo el viento silbaba tempestuosamente, como si quisiera hacerlo pedazos, su corazón estaba muy triste; con frecuencia sentada ante la chimenea miraba fijamente el fuego siguiendo el revoloteo de las chispas sin pensar en nada.

Algunas veces escuchaba el extraño canto de su madre en tanto que el zumbido de la rueca se mezclaba á los bramidos de la tempestad; entonces se preguntaba por qué su madre hilaba á las desposadas tantos velos cuando el sol era tan bello y cuando su brillar le parecía tan alegre. Pero no pudiendo encontrar la razón se dormía fatigada de tanto pensar. Los rollos de doradas telas almacenadas en la cueva tenían todos la misma apariencia: sin embargo ella les prestaba figura humana y contaba sus historias imaginando todo lo que podía ocurrir á las desposadas que llevaran el velo de oro; pero como no sabía nada del mundo, sus historias eran más inverosímiles las unas que las otras.

– Madre, – dijo ella en una ocasión apoyando la barba en la mano, – los hombres ¿son exactamente como tú y yo ó tienen otra forma y otros pensamientos?

– ¿Qué te importan los hombres? todos son muy malvados y tan sólo daño te harían si te pudieran coger.

– Sin embargo, el otro día un animal maravilloso ha subido nuestra montaña: alguien estaba sentado encima, uno más hermoso que todos los gnomos; tenía los cabellos negros y rizados, no llevaba barba y cubría sus espaldas un manto de púrpura. Dí, ¿esto no era un hombre?

La vieja tuvo un sobresalto de terror y dijo:

– Si ese extranjero sube hasta aquí otra vez, le romperé la cabeza y los del valle no lo volverán á ver.

– ¡Oh! madre mía, no hagáis eso; ¡era tan hermoso!

– Si vuelves á pensar en él te encerraré en la cueva, te lo aseguro; te haré pesar oro día y noche. Además, desde hace algún tiempo no te ocupas en nada, estás ahí haciéndome preguntas inútiles. ¿No tienes cuanto tu corazón desea?

– No, madre mía, yo quisiera tener también un hermoso animal y sentarme encima. Aquí sólo veo carneros sobre los que no me puedo subir.

– ¡Cuán loca eres, niña! ¡Ahora echas de menos un caballo! ¿No sabes que cuesta la vida montar á caballo aquí arriba? El césped es resbaladizo; los abismos son profundos, un paso en falso basta para que se ruede deshecho hasta el fondo.

Alba se preguntó durante mucho tiempo porqué existía este peligro para los caballos, cuando los carneros podían caminar con pie seguro; pero no pudiendo preguntar tuvo que resignarse á no salir de la duda que la mortificaba.

Los gnomos le parecían mucho más feos que antes y

(1) Creemos que hasta ahora no ha sido traducida á nuestro idioma ninguna composición de la reina de Rumanía, que con el pseudónimo de Carmen Silvia, ha publicado tantas y tan buenas. Señora en toda la extensión de la palabra, si no fuera reina merecería serlo y siempre lo será en la conciencia de todos, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pasen los pueblos, en el lento desarrollo de la historia, pues en toda época se dará más al que más merezca.

Conocemos á Carmen Silvia sólo por sus obras y podemos afirmar que es bastante para juzgarla: atestiguan alteza inconmensurable de pensamientos, purísimo sentir y la encantadora sencillez reveladora del genio. Bien hayan los que de cerca puedan tratarla: es fiel ejemplo de que aun quedan grandes de la tierra, á quienes la gloria hubiera elevado si en la tierra hubieran nacido pequeños.



¡SIN COMER! cuadro de Otón Piltz

el oro le repugnaba de tal manera que no podía sufrirlo. Pensaba únicamente en el magnífico caballo y en el joven á quien había de costar la vida una segunda visita. ¿Por qué su madre quería romperle la cabeza? Este era otro problema que no podía aclarar aunque pensó en él mucho tiempo.

Algún tiempo después el hermoso joven volvió á la montaña: se sentía atraído por el deseo de saber quién habitaba la soberbia fortaleza cuyas murallas estaban hechas solamente de grandísimas rocas.

Aquel joven era hijo de un rey; se llamaba Porfirio y no tenía costumbre de que ningún género de resistencia se opusiera á sus voluntades: cualquier dificultad encantaba á su ardiente naturaleza. Cuando le hablaban de matrimonio decía que su deseo era arrebatar su esposa á un dragón, cogerla de lo alto de una roca, en vez de pasar por las mediaciones habituales de enviar embajadores y casarse sin ninguna molestia.

Precisamente estaba Alba ocupada en hacer su tocado para entretener sus ocios después de haber estado clasificando oro toda la mañana. Se había lavado rostro y manos, había peinado sus largos cabellos con ebúrneo peine, ciñó su frente con doble hilo de perlas y al lado se puso una rosa de los Alpes. Su vestido era blanco con cinturón de oro y por encima caíale un manto de terciopelo verde sujeto de un hombro al otro con sartas de perlas. Alrededor de su garganta blanca como la nieve ajustó esmeraldas gruesas como huevos de paloma, regalo de los gnomos. Miróse al espejo después, pero no podía ver cómo brillaban sus dorados cabellos sobre los tonos verdes del terciopelo. Verdaderamente debía ver mal, ó el espejo era defectuoso, porque al cabo de un instante se golpeó el rostro exclamando:

– ¡Oh! ¡cuán fea soy! ¡Oh! ¡soy bastante fea! Sin duda por esto mi madre me oculta á todos los hombres y me da bellos vestidos y ricas joyas como á una reina, para hacerme olvidar mi fealdad.

En aquel momento resonaron en las rocas las pisadas de un caballo; con los ojos fijos por el espanto vió que caballero en él avanzaba el hermoso joven á quien debía costar la vida el aventurarse hacia el castillo. Era menester advertírselo á toda costa. Se lanzó hacia el valle como una gacela, suelto al aire el manto, dejando flotar sus cabellos en los que parecían aprisionarse los rayos del sol. El joven rey la vió volar hacia él por encima de las rocas; sus pies apenas tocaban el suelo. Poseído de gran admiración, detuvo su caballo: preguntóse qué hija de rey, qué hada de la montaña volaba á su encuentro: entre tanto ella le hacía señas con ambos brazos, gritándole con todas sus fuerzas:

– ¡Atrás! ¡atrás! no subas aquí, pues te costaría la vida.

– Aunque cause mi muerte, – gritó él, – moriría contento, porque he visto la joven más hermosa que viera en la tierra.

Alba se detuvo ante él; un ligero rubor cubrió sus mejillas y mirándole con sus brillantes ojos le preguntó:

– ¿Soy hermosa?

– ¡Oh! sí, maravillosamente bella, tan admirable con tus cabellos de oro, que te amo á partir de este instante.

– Yo te amo también, – dijo la inocente joven que ignoraba que entre los hombres no se debe decir ordinariamente lo que se piensa. – Pero no digas que mis cabellos son de oro: ¡el oro es tan feo!

– ¡Feo! – respondió el príncipe riendo: - he aquí una cosa que nunca había oído decir. ¿Tan habituados están tus ojos á ver oro que lo encuentras feo?

– ¡Oh! ciertamente, apenas veo otra cosa que oro; en lugar de verdes árboles, oro; en lugar de hombres, oro; montañas de oro! – Alba extendió los brazos y giró sobre sí misma. – ¡Oh! ¡cómo preferiría sentarme sobre este hermoso animal! Aun no había visto un caballo. ¿Puedo tocarlo?

– ¡Oh! sin duda! hasta acariciarlo y montarle aquí conmigo: podrás cabalgar tanto tiempo como quieras.

Hizo que pusiera los pies sobre los suyos y cogiéndola de ambas manos la colocó en la silla, le pasó el brazo alrededor de la cintura y picó espuelas al caballo. «Tal vez tenga miedo», pensó, pero la graciosa inocente era ajena á este sentimiento, pues no conocía el peligro. Tan pronto como el terreno fué menos pedregoso el príncipe aflojó las riendas de su corcel y galoparon por la umbría selva, por en medio de prados de flores.

Alba lanzaba gritos de alegría y batiendo las manos exclamaba:

– Más de prisa, todavía más de prisa!

Así llegaron hasta cerca de la ciudad que tenían que atravesar para ir al castillo real situado en una colina. La joven se manifestó inquieta.

– ¿Son hombres los que veo allí? – preguntó yendo al paso por las calles. – ¿Y estas casitas no las tira el viento?

– No, – respondió riendo Porfirio, – el viento no sopla aquí tan fuerte como allá arriba. ¡A mí los míos, – gritó, – venid todos, traigo á vuestra reina! Es una flor maravillosa que he cogido en lo alto de una roca.

– Pero yo no soy reina! – dijo Alba espantada.

– Yo soy rey, y como tú vas á ser mi esposa, eres la reina.

– ¿Tu esposa? Según mi madre, yo no debía tener marido.

– Decía eso sabiendo que sólo yo debía poseerte.

– ¿Tú no serás un malvado?

– No, no soy un malvado.

– Entonces, ¿no eres un hombre?

– ¡Oh! ya lo creo!

– Mi madre sin embargo me ha dicho muchas veces que todos los hombres eran malos y que no debía tener relación con ellos.

– ¿Y quién es tu madre?

– No lo sé: ella hila oro.

– ¿Hila oro? ¿para qué?

– Para los velos de las desposadas, pero yo no quiero velo en mis bodas, – añadió rápidamente Alba llevándose las manos á la cabeza como para protegerse contra el pernicioso contacto.

– Sin embargo, casi no será posible de otra manera, – dijo Porfirio; – todo el mundo se extrañaría. Ya estamos en casa; entremos en el patio; voy á presentarte á mi madre á quien hablarás amistosamente.

– ¿Es vieja y fea?

– No, es muy hermosa y altiva.

– ¿Qué es eso de altiva? – preguntó Alba.

Porfirio la miró fijamente en los ojos; eran tan claros y puros como el sol; la estrechó contra su corazón; entregó las riendas á sus criados, saltó á tierra, levantó tiernamente á Alba y le ofreció la mano para ayudarla á subir la ancha escalera de mármol.

Entraron en un amplio salón; allí estaba sentada una alta y majestuosa señora á la que rodeaban muchas jóvenes ocupadas en hilar bella seda amarilla. Todas suspendieron su trabajo y contemplaron con alegre extrañeza la magnífica pareja que aparecía bajo el pórtico, alumbrada por los destellos del sol poniente.

– ¡Oh! mujer maravillosamente hermosa, yo te saludo! – exclamó Alba y cayó á los pies de la reina, que la levantó con benevolencia y la besó. – Tú también hilas, pero tu trabajo es más bello que el de mi madre; lo que hilas es tan delicado y tan fino como copos de nieve ó pétalos de flores.

– ¿Qué es pues lo que hila tu madre?

– ¡Oh, siempre oro! un duro y feo metal.

– ¡Oro! – repitieron todas las jóvenes con sonrisa incrédula.

– ¿Sabes tú también hilar oro?

– Sí, lo sé, pero no me atrevo á hacerlo.

– ¿Por qué?

Abría ya los labios para contar lo que su madre hacía mientras hilaba, pero la asaltó repentinamente un temor, pensando en la mala opinión que aquellas jóvenes formarían de ella, sólo al sospechar la cantidad de desgracias que estaban hiladas con los velos de oro de las desposa-



REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por G. Sabattini



DESPUÉS DE LA PANTOMIMA «EXEUNT OMNES,» CUADRO DE LUCIANO DAVIS



1789.—ALDEANOS SUBLEVADOS, cuadro de Pablo Swendomsky, grabado por Bong

das. Aquellas malvadas criaturas contra las que su madre la había puesto en guardia le parecían todas amables y alegres, cien veces más que su madre tan horriblemente temida de los gnomos.

Una de ellas la sacó del difícil estado en que se hallaba murmurando:

– Su vestido es de terciopelo, de verdadero terciopelo blanco.

– Y las joyas ¿quién te las ha dado? – dijo otra un poco más alto.

– Mis amigos, – respondió Alba; – ¿las queréis? Aun tengo en casa una gran cantidad de estos juguetes.

Desatando las esmeraldas de su cuello ofreció una á cada joven. Lo mismo hubiera hecho con el collar de perlas si la reina no se lo hubiera impedido.

– ¿Tus amigos son pues muy ricos? – le preguntaron.

– ¡Yo no sé qué es eso de rico! Ellos lo traen todo del fondo de la tierra en un saco, y cuando lo que traen es poco son castigados.

Por el rostro de la reina pasó una nube; llamó aparte á su hijo y le dijo:

– Esta joven es la hija de la horrible hechicera Baba Coaja. Vuélvela pronto al sitio de donde la trajiste, pues no atraerá sobre nuestra casa más que desgracias.

– No me pidáis eso, madre mía, – dijo palideciendo el joven rey. – Amo á esta graciosa é inocente niña con todos mis pensamientos, con la sangre de mis venas, con cada aliento de mi vida, y aunque fuera Baba Coaja en persona no podría separarme de ella.

La reina suspiró é hizo preparar á la joven una estancia cerca de sus habitaciones: la boda se fijó para la mañana siguiente. Quiso la reina adornar por sí misma á su nueva hija, mas tuvo que sostener con ella una lucha, pues no quería que le cubrieran la cabeza con velo de oro. Corrió á través del castillo como una gacela asustada, se arrojó sobre los tapices que adornaban los divanes y vertiendo lágrimas á torrentes rogó y suplicó que le evitaran aquel tormento. La reina podía muy bien ponerle su hermoso velo de seda y no aquel oro funesto.

En tanto que rogaba y gemía, la reina hizo una señal: dos del acompañamiento le sujetaron las manos en tanto que una tercera colocaba sobre su cabeza el velo de oro. Todas aguardaban una explosión de cólera y desesperación por su parte, pero Alba quedó completamente impasible. Pálida como la muerte inclinó la cabeza bajo aquel peso.

– Eres más cruel que mi madre, – dijo: – ella no quería darme á ningún hombre para que no fuera desgraciada y tú misma atraes sobre mí el dolor.

Nadie comprendió aquellas palabras, ni pudieron conseguir que Alba las explicara, lo cual aumentó la desconfianza general. Apareció tan triste que el pueblo no reconoció en ella la brillante joven de la víspera y todas las palabras de amor de su joven esposo no pudieron alejar las nubes de su frente.

Bien pronto en la corte no se habló más que de los innumerables tesoros de la joven reina y muchos instigaron al rey para que fuera á verlos de cerca. El no se preocupaba de tesoros sino únicamente en hacer sonreir de nuevo á su bella esposa: pensó pues que yéndole á buscar las cosas que había tenido placer en poseer, hallaría de nuevo su alegría, pues ella miraba con desdén las piedras pequeñas que adornaban las joyas y no podía comprender que aquellos juguetes tuvieran ningún valor.

Sin embargo cuando supo que Porfirio tenía intención de volver á su castillo se manifestó espantada y le rogó y lo conjuró para que no hiciera tal cosa.

– Eso sería tu muerte seguramente, – le decía.

El no se dejó persuadir, y tanto más ella le pintaba los peligros que iba á correr, más se sentía atraído por aquellos peligros: se puso en camino secretamente una noche cuando ella se hallaba sumida en un profundo sueño. Se lanzó hacia el castillo de Baba Coaja con algunos compañeros, pero ésta los apercibió desde lejos y les gritó:

– Maldito seas tú que me has robado á mi hija para hacerla desgraciada. Toma, sacia la codicia que te trae hacia mí, desgraciado! Yo no te he llamado, ¿por qué vienes á buscarme?

Al decir estas palabras arrojaba sobre los caballeros una considerable cantidad de joyas, pero las piedras preciosas se cambiaron en el aire en copos de nieve girando de tal manera que los infelices no podían preservarse y cegados perdían el camino. La mayor parte cayeron en los precipicios; pero el joven rey que caminaba hacia el castillo sediento de venganza para degollar á la vieja, fué envuelto de tal modo que bien pronto le fué imposible mover ninguno de sus miembros y antes que hubiera podido pronunciar ni una palabra estaba profundamente enterrado bajo la nieve. Baba Coaja prorrumpió en una carcajada de odio y exclamó:

– Ahora vendrá hacia él y no hacia mí; pero es á mi casa y no á la suya donde irá! Tendré de nuevo á mi hija que no debe permanecer en ese mundo malvado en medio de los hombres á quienes detesto.

En verdad que no tuvo que esperar mucho tiempo: Alba corrió bien pronto á la cima de la montaña, bien que cansada por tan pesada marcha y manchado de polvo su traje de terciopelo blanco.

– ¿Dónde está? ¿dónde está? – preguntó con los labios pálidos.

– ¡Ah! – dijo la vieja, – has huido con un hombre extraño: vuelves ¿y es por él por quien preguntas y no por mí? No está aquí.

– Sí, sí, he encontrado sus huellas hasta la nieve... ¡allí!

– No ha llegado más lejos, – contestó la vieja riendo. – Se ha ahogado entre tus piedras preciosas.

Alba lanzando un grito terrible, se arrojó sobre la capa de nieve y se puso á escarbar con las manos, pero todo fué inútil. La envoltura que cubría á su bien amado era demasiado pesada, estaba muy duramente helada, y sin embargo gritaba: – Madre! madre! ¿qué has hecho? – Alba cayó muerta sobre el hielo y la nieve. Baba Coaja lanzó un grito tan formidable que la montaña se abrió y su castillo se deshizo enterrándose ella y su oro en las ruinas.

En el sitio mismo en que expiró Alba creció una blanca flor, blanco adorno de terciopelo que se ha llamado después Alba Regina, en alemán Edelweis (inmortal), tan blanca y pura como lo era la joven; florece sólo cerca de las nieves eternas que cubren al bien amado.

Tal vez un día la nieve se cambiará en piedras preciosas cuando una casta virgen la huelle con sus pies.

Aun hoy se busca solícitamente el velo de oro que tejió Alba y todas las desposadas esperan hallarlo; por esto ninguna teme los terribles velos, cada una se cree la elegida y espera tener la felicidad por lote.

A. Fernández Merino

LA MILITARA

Huérfana de un comandante de marina, nacida en el Ferrol y criada en San Fernando, Emilia Seijas, después de haber sido novia de varios militares, casó con Diego López, teniente de caballería; y como al poco tiempo perdió á su madre, ha seguido á su marido de guarnición en guarnición, hasta hoy, que es comandanta, y es tan varonil y tan marcial y conoce la ordenanza y la remonta de tal manera que les digo á Vds. que da envidia á los mismísimos oficiales generales.

Para ella no hay más mundo que el mundo militar. Ya siendo tenienta, y cuando tuvo el primer niño, tenía atemorizado al asistente. Cierto día, por más señas en Morella, aquél – que se llamaba Rubio y era más moreno que un zapato – volvió á casa con el crío en el brazo izquierdo y una aceitera en la mano derecha, y porque no había lavado al angelito, le amenazó con volver á echarlo al escuadrón. ¡Pobres asistentes los que han servido con Emilia! A uno que se llamaba Suárez, y que la destetó el segundo niño, porque á todos los ha destetado el asistente, le enseñó á manejar el biberón con tal arte que el físico del regimiento, hombre muy divertido, cuando el niño echó un diente propuso que á Suárez se le echasen unas arracadas.

Emilia es honrada; un día el abanderado del escuadrón, oficial de colegio y chico de muy buena familia, se atrevió á hacerla indicaciones, y le pegó dos guantadas de cuello vuelto que se fué cantando bajito con bandera y todo.

Diego López, á pesar de que tiene carácter, ha pasado su vida metido en un zapato, y cada vez que ha perdido la coyuntura de un grado ó de un ascenso, Emilia le ha llamado mandria y le ha dicho: «¡Si yo tuviera calzones!»

Dos veces que se ha pronunciado ha sido instigado por su mujer, que cuando no ha residido en el punto en que su marido estaba de guarnición ha acometido á todos los capitanes generales y á todos los ministros de la Guerra manifestándoles que «López es un oficial brillantísimo y pundonoroso y que no hay justicia en la tierra y aun en el cielo si no se le asciende pronto y mucho.»

De un pabellón que parezca un palomar es capaz á los ocho días de hacer una residencia confortable.

Cuelga en el testero los sables, las botas de montar y las espuelas de Diego; vuelve del revés, y cubre con colchas, los cajones que han servido para traer el equipaje; clava tres ó cuatro cuadros con retratos de generales de los que han protegido á Diego, enfunda las sillas, hace que el asistente friegue los suelos y las puertas con jabón y estropajo, y, aunque militarmente, convierte la sala de destartalada que era en un cuarto tan arregladito, que como ella dice, ni el cuarto de banderas.

Conoce toda España, ha estado en Burgos, Vitoria, Palencia, Valladolid, Ecija, en todas partes, y hasta una vez con motivo de la guerra carlista como ella dice «nos mandaron con una sección á los Picos de Europa.»

En cuestiones hípicas está á una gran altura; sólo con oir trotar un caballo sabe si es semental, entero ó potro; en el poco tiempo que estuvo en la remonta adquirió tales conocimientos que los mariscales no se desdeñaban de consultarla.

Es fina y amiga de visitas, y aunque repito á ustedes que es honradísima, se deleita oyendo contar los chismes y galanteos de otras oficialas y jefas.

Lo que la tiene preocupada es haberse casado de tenienta porque no tendrá viudedad, y ese López, con los jolgorios del cuarto de banderas y el café y el tabaco, no hará en su vida cuatro cuartos.

Además los sueldos son mezquinos, cada asistente destroza dos libretas, la ración de los caballos viene tan mermada, que «crean ustedes que ya en el ejército lo único que tiene cuenta es ser sargento»

Ella cuida de la ropa de López como un perro; le limpia las levitas, y le tiene la de gala con aspecto flamante, pasa los botones por el *pasparlú* y con los polvos blancos los deja lo mismo que un espejo; pero cuando ve que López mancha unos guantes demasiado ó se excede en el tabaco y el café, lo trata peor que á un recluta. Si transige con el café es porque Diego le suele traer terroncitos de azúcar que no se come, sino que guarda cuidadosamente para hacer casa. Todavía conserva algún azúcar de cuando estuvo en Jaca.

El caballo lo cuida más que López. Cualquier día se lo pueden presentar con los cascos que no estén bien embetunados, ó sin limpiar, ó con la cincha floja. Un día que en Palencia iba á montar López para ir al ejercicio y observó Emilia que estaban los estribos desiguales, se encaró con su esposo – siempre lo llama así, mi esposo, – y le dijo:

– ¿Pero vas á montar así, bragazas? A ver (dirigiéndose al asistente), García, suba V. tres puntos el estribo derecho; y como siga V. así tan descuidado va V. á volver al escuadrón, hoy antes que mañana.

A los niños los tiene montados militarmente; á las siete los acuesta el asistente; á los dos mayores les pasa revista de policía todos los días; cuando les encuentra una mancha les suministra media docena de bofetadas, y al asistente tal serie de desvergüenzas que el hombre se gasta la mitad del plus en bencina.

A la menor, que es niña y acaba de salir de la lactancia, la tiene entregada también al asistente, que pasa las de Caín para quitar á la niña, á fuerza de aceite de almendras dulces, un casquete de caspa que tiene en la cabeza sin que la niña llore, porque en oyéndola berrear, y la criatura es muy aficionada, la comandanta amenaza nuevamente con la ida al escuadrón, y es además capaz de cualquier atropello.

Está enamorada de su Diego y tiene temporadas en que le da por ser celosa; entonces Diego nos ha confesado que su cara mitad se pone irresistible, no le deja ir solo al café; en cuanto el hombre mira á alguna mujer, apretándole el brazo le dice: «Vista al flanco derecho;» y una vez que no volvió la vista tan á tiempo como Emilia deseaba, exclamó: «¡Rompan filas!» y lo dejó plantado en medio de la calle de Sevilla, dirigiéndose como una fiera al cuartel de S. Francisco, donde tenía el pabellón; por más señas, que estaba el asistente limpiando la caspa á la niña, y no solamente le increpó, sino que le tiró una espuela á la cabeza.

Esta militara acaba generalmente en viuda, porque los años que lleva de matrimonio, para el marido se cuentan como los de campaña, servicio doble, y no hay quien resista más de veinte, por lo que, las de las condiciones de Emilia, fuertes y varoniles, algunos años después todavía manejan al asistente de su hijo mayor, montan militarmente la casa de su nuera y tienen tales condiciones de marcialidad y bravura, que yo no veo inconveniente en que se las alojase en el Cuartel de Inválidos.

J. Valero de Tornos

PULCINELLA

El Carnaval de Roma es interminable y monótono, á pesar de la sucesión de coriandoli, marzolini y mocoletti que le vienen á dar cierta variedad, llenando primero los trajes de yeso, después de agua, y por último de gotas de cera.

Once días seguidos de Carnaval son para aburrir al más aficionado; once días viendo á todas horas y en todas partes la enojosa blancura de los *Pulcinelle*. Durante aquellos días fueron mi constante pesadilla; al salir á la calle, al entrar en el café, al comprar tabaco, al recogerme por la noche me era imposible evitar su encuentro, escapar de sus piruetas, dejar de oir su charla interminable. Me sentaba de veras con temor á la mesa, temiendo encontrar algún maldito pulcinella en la sopa.

¡Y cuántas variedades del mismo tipo se ven discurrir por las calles de la ciudad de los papas! Desde el polichinela elegante, limpio, de frac primorosamente cortado, al polichinela pobre, raído, vestido de desechos comprados á algún ropavejero judío; desde el charlatán inagotable, voceador terrible que vomita sermones sin solución de continuidad, al pacífico, silencioso y callado como trapense del convento de le *Tre Fontane*.

Y en verdad se comprende esta afición desmedida al Polichinela, ya que este personaje es la viva encarnación del espíritu italiano que ha penetrado en todas partes bajo tal forma, llamándose Pierrot en Francia, Arlequín en España y Punch entre los ingleses, no muy aficionados á perder el tiempo con nombres largos, y que por lo mismo ejercieron esta contracción, que ha convertido el polisílabo costoso en monosílabo de fácil pronunciación.

Polichinela es todo un temperamento como dirían los naturalistas; es el tipo sintético de los italianos del mediodía; entre cínico y honrado no abandona su buen humor, aun en los trances más apurados; indolente y perezoso se lamenta continuamente del hambre que sufre sin que se decida á trabajar; tercero en toda clase de negocios es la cabeza de turco, blanco de todos los golpes.

Su vida transcurre entre bostezos y costaladas, amenizando los intermedios con sus agudos chistes.

Como todo buen gracioso es serio por naturaleza, y jamás se le ve reir. Su máscara negra y su nariz deforme son sus más preciados timbres de nobleza; que en todos tiempos ha sido y es la nariz prolongada signo de aristocrática estirpe. Y Polichinela, para que se sepa, desciende nada menos que de los antiguos romanos; ya hacía reir en grande á los dignísimos patricios y á la plebe de Roma, bajo otro nombre sí, pero con su máscara y su na-

riz exagerada en forma de interrogante.

Hoy su patria clásica es Nápoles; desde allí se desparrama por todo Italia, siempre el mismo donde quiera. Tiene un fetiche al que rinde culto: los macarrones; posee una virtud excelente, la de no olvidar nunca su patria ni á sus compatriotas. Recorre infatigable las bellas ciudades de la península adriática y en todas partes habla el dialecto napolitano, doquiera mezcla su acento nasal oscuro al claro acento labial de la lengua toscana.

En el teatro ha conseguido tener magna influencia. En medio de la seriedad de una comedia, cuando la acción parece tomar verdadero cariz dramático, entonces aparece Polichinela con su aire grave y meditabundo, lamentándose del hambre que sufre ó de la paliza que ha recibido, y con su jerigonza napolitana hace retozar la risa en los labios de los espectadores. Muchas veces, y mal que les pese, obliga á soltar la carcajada aun á los mismos actores que debieran mantenerse formales.

El Polichinela en el teatro es una verdadera institución; para llegar á ocupar el sitio que se le destina se requiere extraordinario ingenio y verdadera gracia, porque no todo consiste en hablar napolitano y en hacer payasadas, sino en improvisar á tiempo buenos chistes, en saber aprovechar el hecho del día ó la idea que preocupa á la opinión pública para sacarlos á relucir con maliciosa intención en la escena.

En épocas de opresión política, el Polichinela puede alcanzar influencia decisiva, porque es imposible atajar su charla trotadora ni evitar sus alusiones mal intencionadas.

Imagínese cualquiera para formarse cabal concepto del Polichinela en el teatro, una comedia alegre sí, pero cuya acción se desarrolle naturalmente y en nuestra época; pues bien, la Compañía en la que figura Pulcinella se apodera de esta comedia, la ensaya cuidadosamente y encarga uno de sus papeles, el más serio tal vez, á nuestro héroe, quien con su original traje y su dialecto especial viene á ser una nota discordante en medio de los trajes que usan los demás y del idioma que hablan.

Los demás actores no se permiten la más mínima variante en sus papeles, pero Polichinela varía cuanto se le antoja, habla de lo que se le ocurre, perturba la acción si le conviene, provocando la risa y el aplauso, levantándose tan sólo la mascarilla negra cuando saluda al público que le premia con sus palmadas.

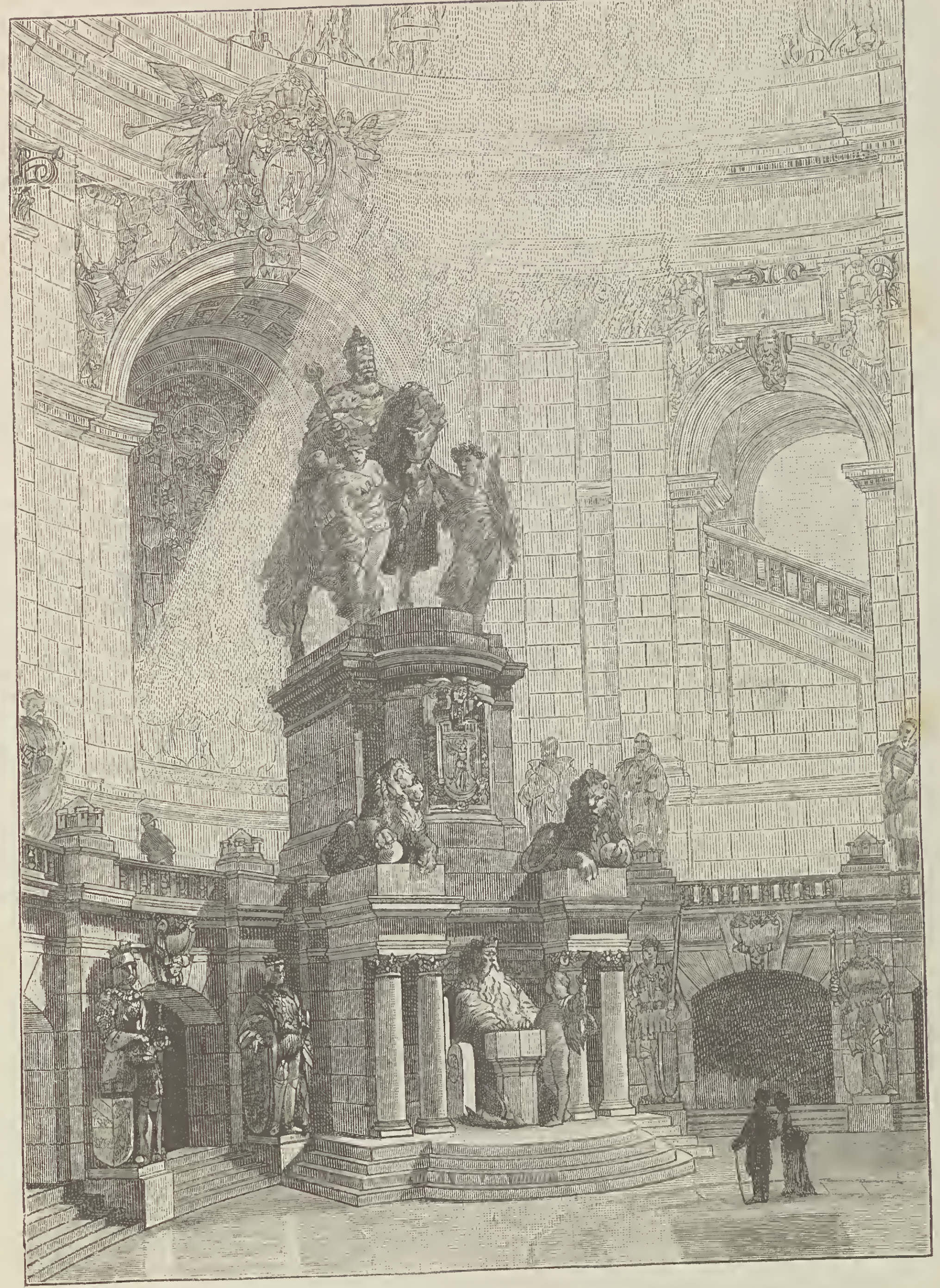
Los napolitanos, que son los provenzales de Italia, tienen extrema propensión á la nostalgia y en esos días tristes de la ciudad eterna en que recuerdan su ciudad querida, después de darse un atracón de macarrones, se van á oir los dichos de Pulcinella que con su acento napolitano, que se nota desde lejos como el acre olor del yodoformo, les llena el corazón de grato consuelo, haciéndoseles visibles ilusoriamente la espléndida Passegiatta de Posilipo y el ondulante penacho del Vesubio.

Pulcinella es revolucionario y escéptico; en él se ha encarnado el espíritu vivaz del mediodía que invade lentamente la Italia toda. Con Pulcinella los napolitanos se desparraman por toda la Península, y van adquiriendo pertinaz influjo. Como esos provenzales que son el alma y la vida del París artístico y político, como nuestros andaluces que dominan en las altas esferas del poder, y son los poetas brillantes y los pintores coloristas, de igual modo los napolitanos van apoderándose del campo político, y muestran indudable superioridad artística. Ellos vienen á demostrarnos la preeminencia de los que dominan la palabra, el grande influjo de la vivacidad y del ingenio, las excelencias del buen humor, la victoria del sol brillante sobre la niebla pertinaz y hastiadora.

Pulcinella es inmortal como el azul espléndido de los países meridionales, como la indolencia que se infiltra con sus rayos en el cuerpo, como la sonrisa de las gaditanas y de las sorrentinas, forma suave con que devuelve el alma las caricias de la luz esplendorosa del cielo andaluz y del firmamento napolitano.

El Punch inglés es una creación exótica; padece spleen y tiene amarguras ocultas en su risa; su buen humor posee el sabor insípido de esas uvas que se crían en la famosa cepa de *Hampton Court* (cerca de Londres) prisionera en inmenso invernáculo, que crece y alienta al continuo calor de la estufa.

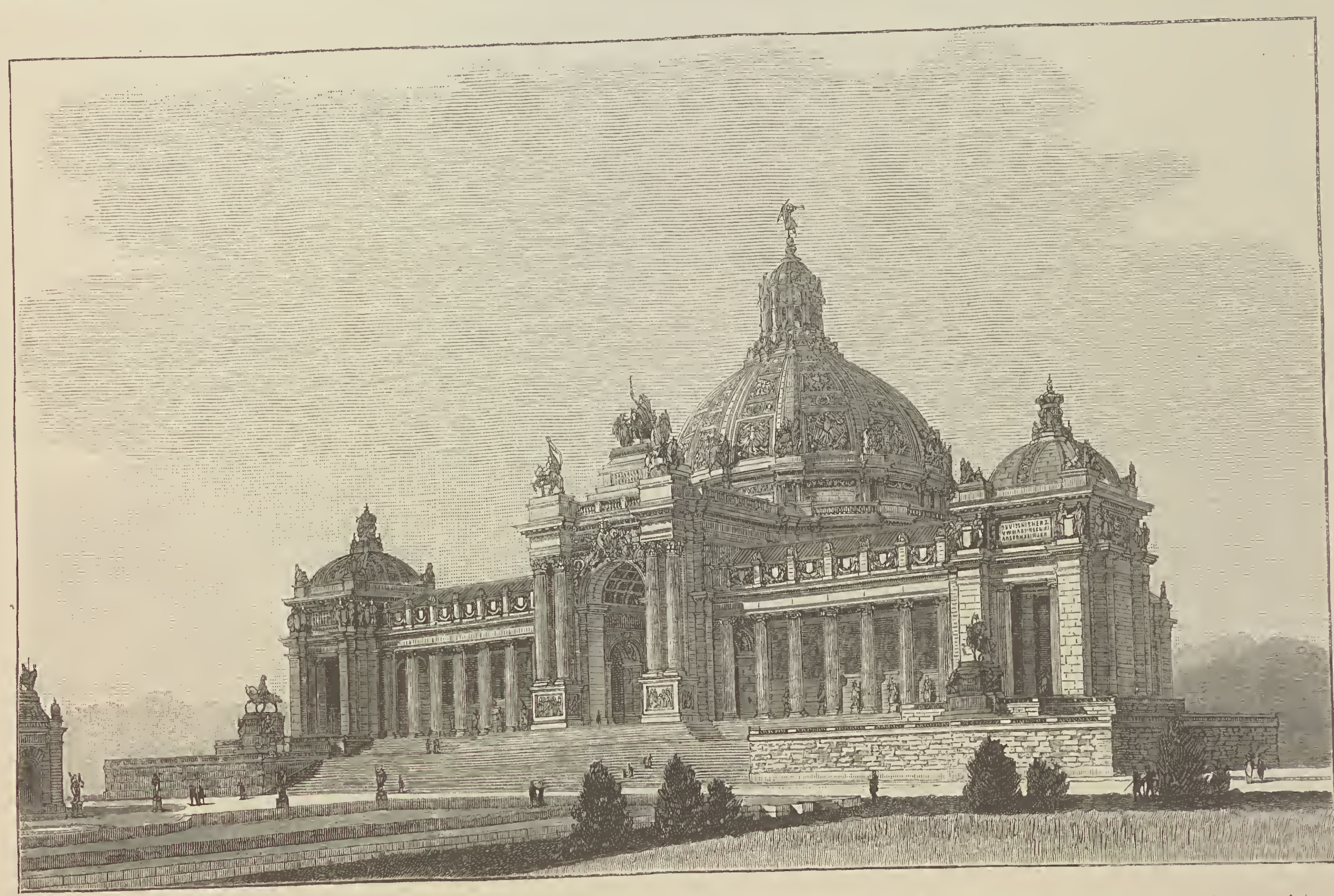
FEDERICO RAHOLA



ESTATUA ECUESTRE EN BRONCE DORADO DEL EMPERADOR GUILLERMO I EN EL INTERIOR DE LA CÚPULA DEL MONUMENTO QUE EN SU HONOR DEBE ERIGIRSE EN BERLÍN

RESIGNACIÓN

¡Pobre Eduardo! La desgracia se cebó en él con ensañamiento. Su vida fué una serie no interrumpida de



CÚPULA Y PÓRTICOS del monumento en honor del emperador Guillermo I que se ha de erigir en Berlín (*Proyecto de Rettig y Pfann que ha obtenido el primer premio*)



BUSTO DE M. BUTERFIELD, esculpido en mármol por D. Agustín Querol
(Exposición Universal de París, de 1889)

infortunios: la fatalidad le perseguía sin tregua ni descanso.

Tuvo valor, constancia y fe; luchó con ardor y entusiasmo, y, á pesar de estas cualidades y de su buen talento, fué siempre vencido por su mala estrella. Y es que había nacido para sufrir, para experimentar contrariedades; es que tenía *mala sombra*, como me dijo muchas veces con aquella sonrisa de resignación y de tristeza que le era tan peculiar.

¡Pobre Eduardo! No conoció á sus padres: no disfrutó de completa salud ni un solo día; no encontró una mujer que le fuese fiel; no ganó ni en un solo negocio.

Murió joven; pero ¡qué larga le parecía la vida al considerarse enfermo, pobre, lleno de desengaños, sin seres que le amasen ni á quienes amar!

Su última desgracia fué la que más le afectó: la que á mi juicio le llevó al sepulcro.

Había perdido casi todo su patrimonio en negocios de esos que los comerciantes llaman *infalibles*, de *ganancia segura*. Restábale sólo una pequeña hacienda y una casa en una retirada villa, y allí vivía en la mayor estrechez. En esta situación enfermó de la vista; los médicos del pueblo hicieron esfuerzos para atajar el mal, pero la ciencia fué insuficiente y Eduardo quedó completamente ciego.

Ante esta nueva desgracia, quiso tener valor y lo tuvo; se presentaba á sus escasos amigos sereno y resignado como siempre, pero en la soledad de la noche sollozaba y al estrechar mi mano brotó de sus labios una sonrisa triste, excesivamente triste.

– Un célebre oculista amigo mío – le dije – se encuentra de paso en esta población y quiero que te vea á todo trance.

– ¿Para qué? – contestó.

– Para lo que Dios quiera. Al menos para complacerme, para que tenga esa nueva prueba de tu amistad. Yo pensaba regresar mañana á Madrid, pero me detendré hasta que conozca su diagnóstico, y en caso necesario estaré á tu lado todo el tiempo que sea preciso.

Eduardo estrechó mi mano con efusión y aquel mismo día lo reconoció el facultativo cuyo dictamen fué relativamente favorable. Los ojos habían perdido por completo la *córnea* y, por lo tanto, todo tratamiento era inútil; pero podía intentarse un medio descubierto recientemente, una operación que era de esperar tuviese un éxito satisfactorio: la implantación de la córnea de los ojos de un perro á los ojos de Eduardo.

¿Cómo describir la incertidumbre, la esperanza, la duda, el temor que mi pobre amigo experimentó después de esta resolución?

Era hombre de corazón; tenía una gran firmeza de ánimo y un valor ilimitado; pero atravesaba un período tan crítico, tan solemne que era imposible pasar por él sin inmutarse. Del resultado de la operación dependía su porvenir. Era joven, de salud se encontraba relativamente bien; recuperando la vista podía emprender nuevos negocios, entrar en una nueva era, ser feliz.

Un instante más y, ó perdería para siempre la esperanza de recobrar la vista, teniendo que resignarse á pasar el resto de su vida en aquella doble oscuridad moral y física, ó se abrirían sus ojos á la luz, y con su juventud, su talento, su fe y su amor al trabajo, podía aspirar á todo género de felicidades.

Sobre un velador estaban convenientemente preparadas hilas, paños y vendajes; el estuche de operar abierto; el facultativo en pie, eligiendo instrumentos; un practicante y yo dispuestos á auxiliarle. Todos guardábamos completo silencio.

Estaba Eduardo sentado en una butaca, junto al balcón; y aun en aquellos momentos tan críticos, tan solemnes, conservaba toda su serenidad, toda su sangre fría, todo su valor.

El perro destinado para la trasfusión, el que iba á dejar de ver para que mi amigo viera, era corpulento, de artística cabeza, de largos y sedosos mechones de lana negra. Estaba tendido, precisamente á sus pies; tenía la respiración anhelante, la boca abierta; agitaba la cola en señal de alegría, y paseaba su tranquila mirada por la habitación deteniéndola con cariño en cada uno de nosotros. Al moverse Eduardo, chocó, por casualidad, uno de sus pies con el cuerpo del pobre animal, el cual, creyendo que le acariciaban, y deseando pagar la supuesta manifestación de afecto, se levantó de un salto, colocó sus manos sobre los hombros del ciego y le lamió y besó la cara repetidas veces.

– No insistáis, amigos míos, – dijo Eduardo levantándose y acariciando al perro; – no insistáis porque sería inútil; acabo de formar la resolución inquebrantable de no dejarme operar. Dios ha dado vista á este pobre animal, y á mí me la ha quitado; respetemos sus designios; cúmplase su santa voluntad.

J. Alfonso Roca de Togores

EL MUSEO GUIMET

Este Museo que acaba de ser abierto al público en París y que está consagrado á la historia de las religiones y de las civilizaciones orientales, ha sido regalado al municipio de la capital de Francia por Mr. Emilio Guimet, quien al donarlo, sólo pidió un asilo para sus colecciones que antes tenía en Lyon, y se ofreció á costear una parte de los gastos de construcción del edificio sin más condición que la de que el Museo llevara su nombre.

Posee este Museo un número considerable de antigüedades y curiosidades indostanas, chinas, japonesas, thibetanas, egipcias, griegas, romanas, galas, alejandrinas etc., muchos y muy ricos ejemplares de las cerámicas japonesa y china y una biblioteca de unos 13,000 volúmenes impresos ó manuscritos que tratan de asuntos de Oriente. Todas estas riquezas han sido recogidas por Mr. Guimet en sus viajes al través del mundo, y su valor se estima en muchos millones de francos.

En la planta baja del Museo están expuestas las cerámicas china (á la derecha) y japonesa (á la izquierda): la china dividida en tres salas, dos que contienen los objeros agrupados por materias y por géneros de ornamentación y una en la que están los ejemplares clasificados según la fecha de su fabricación, y la japonesa clasificada según los lugares en que los objetos han sido fabricados.

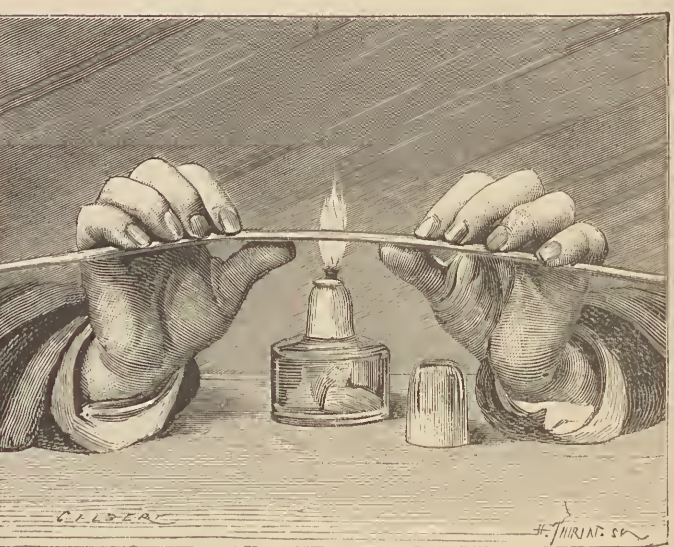
En el primer piso hay tres salas que comprenden: la primera los cultos de la India (budhismo, culto de Ceva y culto de Visnú); la segunda los cultos de la Indo China (Cambodje, Siam y Birmania), el culto del Thibet, el de Ceylán, el de Anam y las religiones de la China (budhismo, taoismo, confucionismo); y la tercera, llamada de los Jades, que encierra los objetos preciosos de Oriente, tales como jades, cornalinas, cristales de roca, lacas, en forma de vasos, cetros, copas etc., cuyo valor total es de un millón de francos.

Una sala especial contiene los objetos relativos á la religión del Japón es decir, al Shintoismo (budhismo japonés), cuyas principales sectas están representadas en distintas vitrinas, en el centro de esta sala se ve el Mandara, facsímile hecho con gran cuidado por Yamamoto, escultor de Kioto, para Mr. Guimet bajo la vigilancia del gran sacerdote del templo de Toodje, en Koo'boo Daishi, y en el fondo se admiran objetos históricos de gran valor.

El segundo piso comprende, á la derecha, los cultos de Grecia, de Etruria, de Roma y de las Galias y, á la izquierda, la sala egipcia y varios cuadros que representan escenas de la vida pública en Egipto y pinturas de las tumbas de Sakkara y de las Pirámides y que fueron expuestos en la Exposición Universal de París de 1878.

Tales son, en brevísimo resumen, las inapreciables riquezas acumuladas en el Museo que lleva el nombre ilustre de Mr. Guimet, á quien deben eterno agradecimiento por la inteligencia con que supo formar sus colecciones y por el desinterés con que se ha desprendido de ellas en beneficio de su patria todos los que se interesan por los estudios históricos.

Modo de encorvar un tubo de cristal. – Hácese á menudo necesario, cuando se ha de montar algún aparato químico para hacer un experimento, encorvar tubos de cristal: en los laboratorios empléanse para ello mecheros de gas en el centro de cuya llama se insufla aire con lo que el cristal puede ser fácilmente trabajado; pero no siempre se tiene uno de estos aparatos á mano y en ese caso puede bastar una sencilla lámpara de alcohol, verificándose la operación del modo que indica el grabado, es decir aplicando la llama á la parte del tubo que se quiere encorvar. No se ha de calentar siempre el mismo punto, pues de hacerlo así se rompería seguramente el cristal, sino que se ha de pasear el tubo por la llama haciéndolo girar sobre sí mismo y moviéndolo sucesivamente de derecha á izquierda y viceversa: cuando está caliente, se aplica la llama al sitio que se quiere encorvar y al poco rato el cristal se ablanda y puede ser encorvado como si



Modo de encorvar un tubo de cristal

fuera un pedazo de lacre, y aun estirado y fundido.

Es conveniente calentar el tubo en la parte superior de la llama, en lo que los químicos denominan *llama oxidante*, por ser ésta más caliente que la parte central.

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón